

UN CASO MAS

En la imposibilidad de recoger todos los hechos meritorios que la clase está realizando en esta campaña de Marruecos, tenemos que conformarnos con ir registrando en esta Revista las noticias sueltas que hasta nosotros llegan. Sería labor difficilísima para un cronista, aunque conviviera con las tropas en aquellos mismos campamentos, el escribir una crónica detallada y completa de estos actos heroicos. Pero más difícil todavía, o, mejor dicho, imposible, es pretender hacerlo estando distanciado. Por eso tenemos que recurrir a relatos de los que intervinieron en los hechos algunas veces, y otras a noticias que leemos en la Prensa diaria.

El mes pasado narraba el brillante cronista López Rienda, enviado especial de *El Sol*, el asedio sufrido por la pequeña guarnición del bloqueo de Ticun. Estaba guarnecido éste por una sección de Chiclana, al mando del Sargento Manuel Sánchez Vivancos.

El día 3 de octubre comenzó el cerco, que terminó el 15 de enero, al ser evacuada la posición. Durante este tiempo sufrió la guarnición toda clase de penalidades y privaciones. El enemigo, cada vez apretaba más el asedio. Oíd lo que López Rienda decía: «En malas condiciones para los sitiados se desarrollaba el asedio, pues a los tiroteos siguieron los ataques con bombas de mano. El 13 de octubre le estalla al Sargento Sánchez Vivancos una bomba en la mano, destrozándosela. Y como se carecía de médico, el Sargento ruega a uno de sus soldados que corte los trozos de nervios y huesos rotos de la mano mutilada, con una navaja. El soldado sufre un desmayo, y el Sargento, sin esperar más, se hace a sí mismo la dolorosa operación, sin exhalar un grito...»

Conducta tan ejemplar—espartana podríamos decir—, tuvo una inmediata recompensa. El General Riquelme, Jefe de la zona de Larache, propuso al Sargento inválido, Sánchez Vivancos, para el empleo inmediato, y a la guarnición, para la Medalla Militar.

VIDA MILITAR envía al valeroso Sargento su más efusiva felicitación.

PÁGINAS DE GLORIA

Los blindados números 5 y 6

Al encabezar estas líneas con este epígrafe, no pretendo describiros la eficacia de los camiones blindados en la guerra, pues a más de no ser técnico en la materia, creo que nadie de vosotros ignora los excelentes servicios y meritoria labor que ellos desempeñaron en la pasada guerra europea.

Mi objeto es solamente relataros el episodio ocurrido a estos dos blindados durante la evacuación del Zoco de Beni-Hassan, y en la que se han cubierto de gloria, escribiendo una página memorable en nuestra Historia, los Sargentos José García Marcos y Lorenzo Juanola Durán, ambos de Ingenieros, con destino en el Grupo Mixto de Autos y Radio del Centro Electrotécnico de esta plaza.

José García Marcos, este Sargento, cuyo nombre no pasa desapercibido por vuestros oídos, pues no ha muchos días la Prensa publicaba entre sus columnas la propuesta hecha a su favor para la concesión de la cruz laureada de San Fernando, en recompensa a los servicios prestados durante la evacuación de Dar-Koba con el camión blindado número 6, que tripulaba, con una dotación de ocho fusileros y dos metralistas, le fué encomendado el servicio de la protección en retaguardia de la fuerza que efectuaba la evacuación del Zoco El Arbaa de Beni-Asan a la posición de Taranes, juntamente con el Sargento Lorenzo Juanola Durán, que tripulaba el blindado número 5, con una dotación de otros tantos fusileros y metralistas que el anterior.

Después de un período de pertinaces lluvias, amaneció el día 10 despejado, día éste en que se había de efectuar la evacuación del Zoco.

Los camiones blindados, en perfecto estado de uso, y una vez repos-

tados, están dispuestos para el cometido que han de llevar a cabo, y sus dotaciones ven desfilar la fuerza, aguardando ansiosos la marcha en el puesto que se les ha señalado.

Minutos después, el personal se encierra en la mole férrea, colocándose cada uno en el puesto que ya de antemano tiene asignado, y el que podríamos llamar blocao ambulante, se va deslizando pausadamente por la cuesta del Zoco.

Son las nueve de la mañana. Las fuerzas, con el mayor orden, poco fuego y escasísimas bajas, continúan su marcha, protegidas en retaguardia por los blindados, cuyas ametralladoras y fusiles disparan en todas direcciones. Nuestra heroica Aviación evoluciona en el espacio, marcando con las bombas una cortina de fuego que impide al enemigo, que aumenta por momentos, aproximarse a las columnas; éstas llegan a la posición de Taranes, que dista del Zoco 14 kilómetros, a las once y media, aproximadamente. El recorrido se ha hecho, afortunadamente, con escasísimas bajas, y los blindados, acosados de cerca por el enemigo, que en gran número les atacaba, han quedado atrás, y miles de ojos, desde la posición de Taranes, ávidos, observan, deseosos de verlos aparecer.

Al fin aparece, a unos tres kilómetros de Taranes, uno de los dos blindados. La fuerza de esta posición da muestras de gran alegría; mas pronto esta alegría se troca en tristeza, al contemplar con desaliento que el blindado continúa en el mismo sitio sin moverse, y, lo que es peor, que grupos de rebeldes pretenden asaltarle. El tabletear de las ametralladoras del blindado, mezclado con los disparos de fusil, aturde el espacio, y después se observa que los alrededores del blindado quedan sembrados de cadáveres.

El blindado número 5, que tripula el Sargento Lorenzo Juanola Durán, que está a la vista, continúa sin avanzar. ¿A qué será debido? Se ignora. ¿Algún embarrancamiento? ¿Falsa maniobra del conductor? ¿Avería en el motor? ¿Algún corte hecho por el enemigo en la pista? Esto es lo que se preguntan todos los que lo contemplan, sin encontrar la respuesta; lo cierto es que el camión blindado número 6 continúa en el mismo sitio, y «haciendo carne» en el enemigo, que, al parecer, ya va desistiendo de aproximarse al blindado. El número 5, tripulado por el Sargento José García Marcos, no se le da vista todavía. Con la incertidumbre que es de imaginar, y pensando en la suerte que corren ambos blindados, llega la noche.

Son las nueve; el que suscribe, en unión de varios compañeros más, ya en Tetuán, vamos a la estación Radio, deseosos de obtener alguna noticia favorable respecto a los blindados y su personal; al efecto, se piden informes a Taranés, y el amable compañero Monzonis, radio de servicio en aquella estación, contesta con estas sublimes palabras: «El personal de los blindados sigue defendiéndose como leones; perdonad no trasmita como de costumbre, pues la emoción me impide el hacerlo.» De cada boca sale una frase de compasión para aquellos heroicos soldados que no se rinden y mueren matando.

Amanece el día 11 lloviendo; inquirimos nuevos detalles en la Radio, que nos son facilitados por el compañero Antonio López, el cual nos manifiesta que, según las últimas noticias recibidas de Taranés, continúan resistiéndose, a juzgar por el tiroteo, que no ha cesado en toda la noche. Deseosos de adquirir más detalles, dirigimos nuestros pasos al campo de Aviación, donde el compañero piloto don Antonio Rodríguez, que acaba de aterrizar, nos comunica que uno de los blindados ya no tira; la puerta se encuentra abierta, y, según sus observaciones, ha podido apreciar, próximos al camión, dos o tres cadáveres con traje azul de mecánico. El otro, en cambio, continúa tirando, y al paso de los aparatos por allí, han sacado pañuelos y tohallas, dando señales de vida.

Sin más noticias transcurre el día 11, hasta que a las ocho de la noche nos personamos en la Radio, donde el radio de servicio, con el natural sentimiento, no puede facilitarnos noticias por haber sido desmontada la estación de Taranés, señal evidente de que esta posición será evacuada de un momento a otro.

Serían, próximamente, las once de la mañana del siguiente día, y aún no había ninguna nueva noticia respecto al particular. Todo era preocupación en el Parque de Automovilismo por el episodio de los blindados, cuando de improviso paran los talleres y todo el personal sale a la puerta en tropel.

El personal del blindado número 5 ha llegado. Es día de júbilo en el Parque; la satisfacción se ve retratada en todos los rostros; el entusiasmo no tiene límites; hay vivas a España, al Ejército y a los heroicos defensores del blindado número 5, que son abrazados por Jefes, Oficiales y tropa.

Trato de ver acto seguido al Sargento Juanola, que en este momento llega en una ambulancia de Sanidad militar; viene extenuado y con

un tiro que le ha entrado por el pulgar de la mano derecha, le ha atravesado el mismo hombro y le ha salido por la espalda; la emoción de verse nuevamente entre nosotros no le permite hablar con claridad; del resto de la dotación vienen seis heridos, en su mayoría leves.

Mientras nos encaminamos al Hospital militar con el Sargento Juanola, me dice lo siguiente:

«Descendíamos por la cuesta del Zoco, donde el enemigo, en grupos de veinte o treinta, no obstante nuestros certeros disparos, se aproximaban al blindado, cuando paré el camión, con objeto de disparar sobre un grupo de rebeldes que me ofrecían claramente el blanco; al efecto, pedí un fusil, y cuando me disponía a hacerlo, recibo un balazo en la mano derecha que me atravesó el hombro, saliéndome por la espalda; una vez vendado por uno de los soldados, y comprendiendo lo crítico de la situación, hice un esfuerzo sobrehumano y continué conduciendo el camión; pero no bien habíamos avanzado medio kilómetro, cuando debido a la blandura del terreno y el enorme peso del camión, éste quedó inclinado del costado derecho por haber cedido el terreno, quedando por esta causa embarrancado en la cuneta.»

Al llegar aquí, el Sargento Juanola hace una pausa, recordando aquellos momentos que, según manifiesta, no son para descritos.

Después de unos minutos de silencio, continúa diciéndome: «Ordené no intentara ninguno salir del camión, e infundiéndoles ánimo con la esperanza de que llegaría el blindado número 6, que había quedado atrás, y nos remolcaría, continuamos haciendo fuego al numeroso enemigo, que se confiaba al vernos estancados.

»Pero, ¡oh fatalidad! El blindado número 6 corría cuatro o cinco kilómetros más atrás la misma suerte que el 5. Ante la tardanza—me dice Juanola—perdí toda esperanza, y me propuse morir matando; así, pues, aprovechando los disparos, hacíamos fuego sobre seguro.

»Así transcurrió el día 10 y el 11, que sin agua que beber, mandé sacar la del depósito del radiador, y como quiera que las municiones iban ya escaseando y tenía seis bajas, pensé en una salida nocturna, confiado solamente de cerca; antes de llevar esto a cabo, mandé quitar los cerrojos a las ametralladoras, y cada uno con su fusil, estábamos todos, a las siete de la noche, dispuestos a jugarnos la última carta.

»Cuando comprendí que no quedaba ninguno dentro del camión salí yo, con la particularidad de que llevábamos uno más, pues dentro del camión recogimos a un soldado del Regimiento España núm. 46, que

herido de seis balazos pudo llegar, arrastrándose, hasta el camión y meterse por debajo.

»Con los fusiles en la mano, dispuestos a disparar al primer encuentro, y previamente descalzados, emprendimos la marcha, dirigiéndonos al río, atravesando éste, que en algunos sitios nos llegaba el agua hasta más arriba de la cintura; el herido encontrado era conducido entre dos.

»Así que nos distanciamos del camión, sin ninguna novedad, emprendimos a gatas la ascensión por el monte, adonde la suerte quisiera llevarnos, llegando, después de una penosa marcha de hora y media, a un blocao; me adelanté unos pasos del resto de la fuerza, llamando al centinela, que en seguida me dió el alto; una vez le dije éramos los del blindado, llamó al Oficial. Este nos mandó pasar a la posición, recibiéndonos con un viva España y siendo felicitados por todos los que componían la guarnición. Se nos obsequió con coñac y leche, y nos manifestó que de madrugada sería evacuada la posición. Esto se efectuaba dos o tres horas más tarde, marchando todos con dirección a Taranes, adonde llegamos al ser de día, siendo objeto de abrazos y felicitaciones por parte del General Castro Girona, Coronel Núñez de Prado y cuantos Jefes y Oficiales nos encontraban, que dedicaban frases de elogio a nuestra conducta. No faltó quien preguntara por el personal del otro blindado, a lo que, como es natural, no podía responder.»

Después han sido todos visitados en el Hospital por el Alto Comisario, quien después de dedicarles unas palabras ensalzando su conducta por su heroísmo, al mismo tiempo que por el acto de compañerismo llevado a cabo con el soldado del Regimiento España 46, les repartió tres mil pesetas, donativo de un patriota catalán.

Para terminar, copio a continuación el parte oficial que dice así:

»En el repliegue del Zoco El Arbaa a Taranes quedó imposibilitado de continuar, por lo fangoso y quebrado del terreno, el carro de combate número 5, con once hombres que componían su dotación, al mando del Sargento Lorenzo Juanola Durán.

»Treinta y seis horas permanecieron en el campo combatidos por el enemigo, defendiéndose todos bizarramente, sin un decaimiento ni una alarma, teniendo seis heridos, la mitad de la dotación, y emprendiendo la retirada en momento oportuno, siempre tranquilos y animosos. Recorrieron así tres kilómetros hasta llegar al primer fuerte, en que se presentaron con toda su impedimenta y con la tranquila impasibilidad del heroísmo.

«El General en Jefe, aparte de otras recompensas que procedan y se les entregarán, dispuso que se repartieran entre ellos tres mil pesetas, y se ordenó que se formara juicio contradictorio para concesión de la Cruz de San Fernando al Sargento de la fuerza.»

Doy por terminado el modesto trabajo, considerando haber rendido mi tributo de admiración a los compañeros, honra de la clase, Lorenzo Juanola Durán y José García Marcos, que no dudo que, si éste halló la muerte, también halló la gloria, porque ella está hasta en el saber morir.

JULIO MONTORO.

Sargento de Infantería agregado al Centro Electrotécnico.